



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la [Asociación Andaluza de Filosofía](#).
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuhoo.aafi.es

Edgar Morin y Patrick Viveret, *Cómo vivir en tiempos de crisis*, trad. de Griselda Piñero, Icaria editorial, Barcelona, 2011, 80 págs.

Luis Duran Guerra

lduran@aafi.es

Vivimos una cultura de la crisis. Se escriben libros, artículos, ensayos sobre nuestro "mal del siglo", organizamos congresos y jornadas, etc. La crisis está de moda. No es raro, por tanto, que los filósofos (pantólogos que opinan de todo lo habido y por haber) reflexionen también sobre un argumento que, más allá de su popularidad, da o debiera dar que pensar. ¿Pero no empezamos a estar ya un poco hartos de tanta facundia sobre la crisis? ¿Pueden los filósofos proponer algo más que discursos sobre esto o lo otro?

En este librito o "cuaderno de esperanza", el filósofo de la complejidad par excellence, E. Morin, señala, de acuerdo con el sentido etimológico del término, la doble cara de la crisis contemporánea, su ambigüedad y ambivalencia axiológica, o en una palabra, su complejidad. El ejemplo elegido aquí no podría ser más oportuno: la mundialización favorecida por el desarrollo de la técnica y las comunicaciones, la cual ha servido para crear, en efecto, nuevas zonas de miseria, pero también otras zonas de prosperidad en países como India, Brasil y China. La ambivalencia de la crisis se muestra asimismo en la "mundialización cultural", pues como dice el autor "entre la invención y la producción, hay simultáneamente conflicto y colaboración" (p. 23). Morin reclama en este punto, frente a Descartes, una sensibilidad pascaliana para comprender el sentido profundamente ambivalente de nuestra crisis. Pero la



tragedia del pensamiento contemporáneo es que la especialización del investigador se muestra incapaz de comprender la complejidad. A esta dificultad se añade la falta en la actualidad de una verdadera "conciencia de humanidad planetaria", conciencia que había apuntado ya tanto en las grandes religiones universalistas como en el humanismo occidental.

La ciencia, la técnica, la economía y el beneficio son los cuatro motores que, según Morin, impulsan esta nave espacial que llamamos Tierra. Los cuatro son ambivalentes. Pues la ciencia, asociada con la técnica, ha traído tanto ventajas en forma de conocimiento como inconvenientes para la humanidad civilizada (armas de destrucción masiva, manipulación genética, etc.), y la economía, no menos que el beneficio, comporta igualmente su propia ambivalencia. No obstante, la amenaza de una guerra o catástrofe ecológica no deja de ser probable. Ahora bien, la incertidumbre histórica constituye un ingrediente de la condición humana. De ahí que lo improbable –la superación de la crisis– también pueda tener lugar en la historia. Morin pone dos ejemplos de crisis históricas, el segundo de los cuales fue vivido por él mismo: la batalla de los Termópilas y la derrota de los nazis en la Segunda Guerra Mundial. ¿Quién hubiera pensado que unos decenios después de la primera nacerían la filosofía y democracia atenienses? ¿Y quién hubiera dicho en 1941 que el ejército nazi acabaría siendo derrotado por las potencias aliadas? Como improbable fue asimismo la revolución urbana de la que surgieron las primeras sociedades históricas. La palabra de Hölderlin ha devenido un lugar común para describir la situación de crisis: "Allí donde crece el peligro, crece también lo que salva".

El filósofo francés apuesta por una "ecología de la acción" para superar la crisis planetaria sin caer en posiciones simplistas o



maniqueas sobre nuestra situación. "La toma de conciencia del riesgo puede estimular las defensas; hay que apostar. Puesto que las consecuencias de una acción son inciertas, la apuesta ética, lejos de renunciar a la acción por temor a las consecuencias, asume esa incertidumbre, reconoce los riesgos, elabora una estrategia. La apuesta, es la integración de la incertidumbre en la esperanza" (p. 32).

Por su parte, Viveret enlaza en su ensayo con la necesidad de reencontrar aquel "principio de esperanza" que Morin también había hecho suyo. Si este último se inspiraba en el esprit de finesse pascaliano, su colega lo hace en el filósofo marxista Antonio Gramsci y en el autor del Apocalipsis. Para el primero, los monstruos de la crisis aparecen en ese espacio vacío entre un mundo viejo que tarda en desaparecer y un mundo nuevo que tarda en nacer. Para el segundo, apocalipsis no es tanto destrucción como revelación. Desde este punto de vista: "La cuestión de los grandes desafíos del mundo que viene nos remite a un tema general, el fin de un mundo y no el fin del mundo" (p. 37).

¿De qué mundo se pronostica aquí su final? ¿Es posible tal cosa? Para Viveret, tres grandes oleadas de mutaciones convergen en el momento actual que vive la humanidad. La primera se refiere a la insostenibilidad última de lo que el autor llama modelo DCD (en francés *decedè* significa muerte): "desregulación-competitividad-deslocalización". Un modelo basado en la desmesura y el malestar y que está en el origen de la crisis sistémica que estamos viviendo. La segunda mutación consiste en el "fin del ciclo histórico de la salvación por la economía". En este paso la doble cuestión de la contabilidad y de la moneda es fundamental. Por último, estaríamos asistiendo a una tercera mutación, esta vez de carácter histórico, comparable a la salida de la edad de piedra de la humanidad y que nos sitúa



El Búho Nº 14
Revista Electrónica de la Asociación Andaluza de Filosofía.
D. L: CA-834/97. - ISSN 1138-3569.
Publicado en www.elbuho.aafi.es

ante tres cuestiones radicales: el desafío ecológico, el cambio de área o "mundialidad" y el cambio de era. En relación con estas mutaciones, Viveret formula tres preguntas cuya respuesta no admite demora: qué haremos de nuestro planeta, qué haremos de nuestra especie y qué haremos de nuestra vida. Lo que hay que redefinir, pues, es nuestra relación con la riqueza, el poder y el sentimiento.

Peligro y oportunidad al mismo tiempo, la crisis actual, que es una crisis de la fe y del sentimiento, nos sitúa ante una encrucijada histórica que a Viveret se le antoja ineludible: "Lo que se jugaba en el orden de la hominización, se juega actualmente en el orden de la humanización: ¿cómo acceder a un grado de humanidad cualitativamente superior?" (p. 59). El reto que tiene planteado la humanidad es el de su propia supervivencia. El autor nos propone trabajar sobre nosotros mismos para construir una "sobriedad feliz" como alternativa a la combinación desmesura/malestar y crecer así en humanidad. "Existe una articulación entre los desafíos de transformación personal y los retos de transformación social, y hay que dejar de oponerlos. Necesitamos trabajar estos dos polos, la humanidad no podrá vencer esos colosales desafíos, y evitar un descarrilamiento, si no es capaz de hacer ese trabajo sobre sí misma, si no utiliza estos retos como la ocasión de una revelación, de dar un salto en su calidad de ser, en su calidad de conciencia" (p. 78).